

BESTSELLER THRILLER

ÁNGEL

SUICIDA



**CHARLOTTE
BACKMAN**

BESTSELLER THRILLER

ÁNGEL SUICIDA



CHARLOTTE
BACKMAN



ÁNGEL SUICIDA

CHARLOTTE

BACKMAN

«Thrillers breves para devorar en una tarde. Adictivos, impactantes, inesperados y absorbentes.»

Edición en formato digital: Febrero

2017

Título: Ángel suicida – *Bestseller Thrillers*

©2017 Charlotte Backman

Todos los derechos reservados. Bajo las

sanciones

establecidas

en

el

ordenamiento

jurídico,

queda

rigurosamente

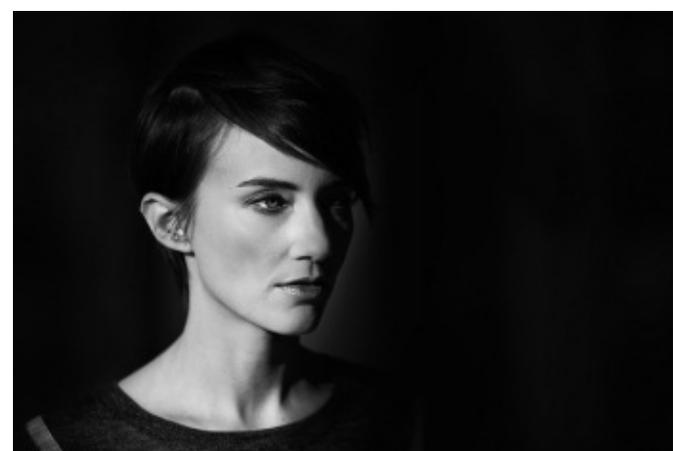
prohibida,

sin

autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o

parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la

reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.



SOBRE SU AUTORA

Charlotte Backman es una directora y guionista de cine americana residente en un pequeño pueblo de la costa Mediterránea desde hace catorce años. Su pasión y experiencia en el cine y el guion cinematográfico, da como resultado esta serie de Thrillers breves e intensos que los amantes del género han calificado de directos, absorbentes, adictivos y brillantes.

«No podrás leer solo uno.»

ÍNDICE

[**CAPÍTULO 1**](#)

[**CAPÍTULO 2**](#)

[**CAPÍTULO 3**](#)

[**CAPÍTULO 4**](#)

[**CAPÍTULO 5**](#)

[**CAPÍTULO 6**](#)

[**CAPÍTULO 7**](#)

[**CAPÍTULO 8**](#)

[**CAPÍTULO 9**](#)

[**CAPÍTULO 10**](#)

[**CAPÍTULO 11**](#)

[**CAPÍTULO 12**](#)

[**CAPÍTULO 13**](#)

[**CAPÍTULO 14**](#)

[**CAPÍTULO 15**](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[OTROS TÍTULOS DE LA](#)

[AUTORA](#)



CAPÍTULO 1

5 de diciembre, 2014

Un ángel ha caído del cielo

El viejo Hoffman, el vagabundo

más conocido de la comisaría de la 35th

St cercana a Park Avenue, llegó la madrugada del cinco de diciembre

gritando enloquecido y sin dejar de hacer aspavientos con las manos.

—¡Un ángel ha caído del cielo!

¡Un ángel ha caído del cielo! —chillaba, dando vueltas por la entrada de la comisaria e ignorando los abucheos de delincuentes esposados en compañía de agentes y la mirada atónita de quien había ido a denunciar un robo o

cualquier otra fechoría menor.

No era la primera vez que el viejo

montaba un escándalo. La última vez, después de una buena cogorza que le duró unas cuantas horas y varios días de resaca, fue diciendo que unos marcianos

habían bajado hasta Central Park y le habían hecho cientos de preguntas, así como la promesa de que volverían a buscarlo para convertirlo en un ser superior.

—¡Seré un ser superior a todos

vosotros! —exclamó aquella vez con la mirada fija en el techo.

Sin embargo, en esta ocasión, el

viejo Hoffman tenía restos de sangre en las puntas de los dedos; un detalle que solo percibió y desde la distancia, la inspectora Gaby Sparcey, que salió de su despacho y se situó frente al viejo. Lo miró fijamente a los ojos, amarillentos debido a una grave infección en el hígado sin tratar. Hoffman le dedicó una media sonrisa grandilocuente y ella, sin responder al gesto, se puso con rapidez unos guantes de látex y cogió un trozo de tela del bolsillo del vagabundo.

—Hoffman, ¿qué es esto?

El viejo empezó a canturrear.

—¿Qué es esto? —repitió la

inspectora pacientemente.

—Lo llevaba el ángel en su mano

—respondió

el

vagabundo,

encogiéndose de hombros.

—¿Dónde has visto al ángel caer?

—Inspectora, es una locura —

intervino el agente Spencer—. Este

hombre está loco, lo único que quiere es llamar la atención.

Gaby le dedicó una mirada fría y,

aun sabiendo que era el espectáculo de la comisaria, siguió interrogando a

Hoffman.

—Lo llevaba el ángel. Muy bien,

Hoffman. ¿Dónde lo has visto caer?

El viejo empezó a reír como un

loco y a dar vueltas sobre sí mismo hasta que Gaby, exasperada, lo detuvo con fuerza.

—Hoffman, demonios, contéstame

si no quieres pasar la noche en el calabazo —le instó, sujetándolo por el brazo y sin soltar el trozo de tela que había traído consigo entre los dedos ensangrentados.

—El ángel ha caído del puente de

Manhattan al campo de futbol —

respondió al fin el vagabundo con

lucidez.

—Gracias,

Hoffman.

¡El

espectáculo ha terminado! —exclamó

Gaby, ordenando a todos los allí

presentes que volvieran a centrarse en lo suyo—. Todos a sus puestos, puede que

ya sea muy tarde. Agentes, llévense a Hoffman y saquen muestras de la sangre

que tiene en los dedos.

Dicho y hecho y confiando en el

loco de Hoffman aun sin mucha

esperanza de encontrar algo en el campo

de futbol, supuestamente el Murry

Bergtraum que quedaba justo debajo del

puente de Manhattan, una patrulla

capitaneada por Gaby Sparcey, fue hasta

el lugar en el que según el vagabundo había caído un ángel.

Tardaron solo unos minutos pero,

efectivamente, ya era demasiado tarde.

Gaby miró el reloj: las diez y media de

la noche; un día más en el que se quedaría sin darle un beso de buenas noches a su hijo de seis años.
Apenada,

guardó el trozo de tela perteneciente a una camisa de cuadros roja y negra que intuía que tenía que ver con el crimen y caminó apresuradamente junto a su

equipo en dirección al cadáver que

yacía en el campo de fútbol.

Iluminado por las luces del

campo, nada más llegar, vieron a una joven de unos veintitantos años tumbada

en el césped boca arriba con los brazos

alzados sobre su cabeza. La melena

rubia tapaba su rostro ensangrentado; de la cabeza emanaba sangre que había

teñido de rojo el césped. Llevaba unos tejanos rotos, unas converse blancas y un jersey amarillo.

—El viejo tenía razón —comentó

el agente Díaz negando enérgicamente y

emitiendo un chasquido con la lengua—.

Un ángel ha caído del cielo. Demasiado

joven y bella para morir.

Con delicadeza, retiraron el

cabello de su rostro. El ángel aún tenía los ojos azules abiertos y la expresión de su rostro no parecía la de una suicida, sino la de alguien que sabe que, por causas ajenas, va a tener que verse en pocos segundos con la muerte.

Gaby Sparcey emitió un grito

histérico que silenció el campo de fútbol repleto de agentes. No se atrevió a decir todavía que el ángel suicida era su hermanastra Alice Sparcey.

CAPÍTULO 2

6 de diciembre, 2014

La hermanastra

Y una mierda. Si creían que no
formaría parte de la investigación,
significaba que me conocían muy poco.

El shock inicial se convirtió en tristeza y ahora, un día después de haber
encontrado

el
cadáver

de

mi

hermanastra tirado en el campo de futbol de debajo del Puente de Manhattan, solo

siento ira. Esta ira será la que me ayude a resolver qué sucedió la pasada noche alrededor de las nueve y
media, que fue, según ha revelado la autopsia, la hora en la que Alice, con tan solo veinticuatro años,
perdió la vida. Según mis

superiores esta ira puede nublar mi mente y conseguir que no me centre; yo he logrado convencerles que
no será así.

Que nadie mejor que yo para atrapar al mal nacido que ha lanzado a mi

hermanastra de un puente acabando con su vida.

—Hacía cinco años que no la veía

—confesé—. Somos hermanas por parte

de padre, nos llevamos trece años y nuestra relación siempre ha sido nula.

Para mí, aunque tengamos la misma

sangre,

es

prácticamente

una

desconocida.

Dios sabe que me estaba muriendo

por dentro; que solo podía recordar a Alice cuando era un bebé indefenso y yo

una niña de trece años a la que se le caía la baba y la besuqueaba todo el tiempo.

A pesar de todo, logré sacar fuerzas. A pesar del sueño, a pesar del cansancio, a pesar de no poder entender nada ni el porqué de todo esto. Mi serenidad logró

convencerles. Todos están de mi parte; no quiero su compasión, trato de no derramar lágrimas en público y de

disimular mi tristeza mostrándome más seria y concentrada de lo normal. Aún no he pasado por casa, Jerry me ha aconsejado que debería descansar y que

Matt ha preguntado unas ciento tres veces por mí. Lo más duro de todo esto

ha sido llamar a mi padre. Se ha

quedado mudo, sé que durante unos

segundos ni siquiera ha podido respirar.

Una parte de mí tiene ganas de

abrazarlo. La otra, prefiere esconderse.

Me aterra tenerlo delante y tener que mirarle a los ojos en el momento en el que tenga que ver a su niña pequeña sobre una camilla de metal. Blanca, pura y preciosa; con su melena rubia bien peinadita y sin su risa característica o su mirada traviesa. Alice era una buena chica. No merecía este final. Nadie merece un final así y quien haya creído que sí, lo va a pagar muy caro.

El examen toxicológico no ha

dado muestras de alcohol u otro tipo de

sustancia en su sangre. ¿Accidente?

Descartado. ¿Suicidio? Me niego. ¿De quién era si no el trozo de tela? Alguien la tiró del puente. La sangre del

vagabundo era la de mi hermana y el trozo de tela perteneciente a una camisa a cuadros roja y negra, una prueba concluyente en la investigación. Mi

hermana debió arrancársela al asesino antes de caer. Hoffman, el vagabundo, recibió una buena reprimenda por haber

entrado en el campo de futbol donde cayó mi hermana, haberse llevado una prueba y haber tocado la sangre. Por lo demás, no se han encontrado más huellas

que las de Hoffman; mechones de

cabello o restos de piel debajo de las uñas de la víctima, por ejemplo. Alice no se defendió. O no le dio tiempo a defenderse.

Mi padre llega al anatómico

forense donde está el cuerpo de Alice a

las tres de la tarde. Abatido y ausente, nada más llegar me da un frío abrazo.

No lo siento aquí. No conmigo. Está en otro lugar que no logro alcanzar.

—¿Qué le han hecho a mi niña,

Gaby? ¿Qué le han hecho?

Estoy

segura

que

en

estos

momentos se alegra de que la madre de Alice falleciera hace tres años a causa de un cáncer. Las madres nunca superan

las pérdidas de sus hijos y menos en circunstancias

tan

extrañas

e

inexplicables. Los padres tampoco, pero

sobreviven en la mayoría de casos. Mi padre sobrevivirá.

Se niega a ver el cuerpo de Alice.

Es algo extraño, pero cada uno

reacciona a su manera.

—No quiero verlo. No puedo,

Gaby. No puedo.

Se echa las manos a la cara; se
derrumba delante de mis narices y
pienso que de un momento a otro se va a
desmayar. No lo hace, es duro como el acero.

Yo,

sin

embargo,

estoy

alimentándome

a

base

de

cafés

americanos y creo que la tensión, que está por las nubes, me va a pasar factura.

—Papá, sé que es muy duro. Pero

tienes que recordar algo. ¿Alice tenía algún enemigo? ¿Sospechas de alguna
 persona?

—Hacía tres meses que no la veía,

Gaby —reconoce, con las mejillas
 inundadas en lágrimas—. No quería
 saber nada de mí.

Su respuesta me paraliza; no sé

hacia dónde llevar la conversación.

¿Tres meses sin verla? ¿Tres meses en los que Alice no quería saber nada de papá? ¿Por qué? ¿Qué había pasado?

¿Qué me había perdido?

CAPÍTULO 3

15 de septiembre, 2014

Alice

Papá me llama cientos de veces a

lo largo del día. Pero no puedo dejar que me vea así. No puedo.

Es la tercera vez que me pega. Me

he quedado en un rincón del apartamento

aguantando sus puñetazos, sus tirones de cabello y las dolorosas patadas en las costillas. Apenas me puedo mover. ¿En qué me he convertido?

«Deja de llamar, papá. No sirve

de nada, ¿no te das cuenta? Tu niña se ha hecho mayor... tu niña...»

Lloro. Lloro hasta que me quedo

sin lágrimas y entonces, cuando menos lo espero, me quedo dormida. Estoy

dentro de un profundo sueño del que no quiero despertar, porque, al abrir los ojos, la realidad me golpea aún más fuerte que él. Es un Monstruo. No tiene piedad. Bebe sin control y sé que los porros y la coca lo están dejando sin neuronas. Debería ir a la comisaría más

cercana y denunciarlo. O llamar a Gaby.

Gaby siempre saber solucionarlo todo.

No es precisamente la hermanastra de los sueños de cualquier joven de

veinticuatro años, pero cuando la llamo está. No quiero molestarla, tiene un hijo pequeño, su propia familia y un trabajo que la absorbe prácticamente las

veinticuatro horas del día; pero hoy, más que nunca, necesito hablar con ella.

Contarle la verdad. Decirle que soy lo peor a la hora de tomar buenas

decisiones. Que no soy como ella y que

me arrepiento de no haber escuchado a mis amigas, cuando aún estaba a tiempo

de dejarlo.

Me levanto. Apoyo la mano en la

pared y por poco me llevo la cortina por delante. Camino a rastras, me doy cuenta que me sale sangre de la cabeza al ver cómo gotea por el suelo de parqué. «Lo

limpiaré luego», pienso. Voy hasta mi dormitorio. Me agacho con mucho esfuerzo y cojo una cajita de latón; en su interior hay un diario que tengo abandonado desde hace tiempo. Tengo que dejarlo todo escrito, por si acaso me sucede algo. Para que Gaby lo pille y lo encarcele de por vida.

CAPÍTULO 4

8 de diciembre, 2014

La hermanastra

En el funeral de Alice, no soy solo una hermanastra afligida, sino también la inspectora que lleva el caso. Me ha acompañado el inspector Díaz, puede que la pena no me haga ver al culpable, en el caso de que esté viendo cómo el ataúd con el cuerpo de mi hermana en su interior, se hunde en las profundidades de la tierra por toda la eternidad.

Abrazo a mi padre. Soy lo único que le queda. Jerry está a mi lado, mirando al frente y mostrándose más frío y reservado de lo que desearía. Mi hijo se ha quedado con mi suegra montando puzzles. Me siento una mala madre; el otro día me dijo que cuando soplara las velas de su sexto cumpleaños, su deseo sería que *mamá pasara un día entero con él*. Prometo cumplir su deseo. En cuanto

pille al asesino de mi hermanastra.

Miro a mi alrededor. Hay cuatro chicas rubias, altas y delgadas; parecen sacadas de un mismo molde. Se parecen a mi hermana. Observo cómo lloran, cómo niegan enérgicamente y se susurran cosas al oído. Hay dos chicos al lado; novios de algunas de ellas.

Compañeras del instituto que reconozco porque sus caritas de niñas no han cambiado tanto desde la última vez que las vi. Y al final de todo hay un chico de cabello

castaño

y

ojos

oscuros;

cabizbajo y afligido. Me fijo en su camisa, apenas perceptible bajo un

chaquetón negro. No es de cuadros.

Todo el mundo sabe la adicción que crean las camisas de cuadros.

Antes de salir del cementerio y

aprovechando que mi padre y Jerry están

reunido con mis tíos, que apoyan sus manos en su hombro a modo de

consuelo, me acerco hasta las cuatro chicas rubias y les muestro mi placa policial. Me dan el pésame y tras las formalidades, me decido a preguntarles si saben qué ha podido ocurrirle a Alice. Si sospechan de alguien.

—No

sabíamos

nada

desde

septiembre —dice una, mirándose las

botas de piel marrones—. Nos apartó de

su vida, de la noche a la mañana.

—Tenía un diario —me informa la

del cabello corto—. ¿Habéis ido a su apartamento?

—No hemos encontrado ningún

diario.

Alice odiaba escribir. Cuando

tenía deberes, decía que se le cansaba la muñeca y que prefería las matemáticas; pensar y escribir tan solo números. No encontramos

nada

raro

en

su

apartamento; todo estaba en orden.

Incluso había ropa sucia en el cesto; Alice tenía la intención de llevarla a la lavandería.

—¿Cuántas veces le dijimos que

se alejara de David? ¿Cuántas? Y no nos

hizo caso... —se lamenta la más alta llorando.

—¿Quién es David? —quiero

saber.

—Su ex. Cuando lo dejó, por lo

visto —murmura, señalando el hueco en

la tierra con el ataúd de Alice en su interior—, ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO 5

20 de septiembre, 2014

Alice

He cambiado la cerradura del

apartamento. Esta noche David no va a poder entrar. No va a volver a ponerme una mano encima. Jamás.

Es el momento de recordar cómo

nos conocimos. Una sonrisa que hoy

duele, aparece en mi boca. ¿Cómo

estuve tan ciega? Me he torturado

viendo en la tele un programa en el que

mujeres maltratadas de verdad han

estado contando sus historias. Podría ir yo también; ocultar mi cara y pedir que me distorsionasen la voz para así poder

ayudar a otras mujeres.

David, diez años mayor que yo, es

el tipo de tío con el que toda joven de veintipocos años sueña. Alto, fuerte, atractivo y con pinta de malote y duro, te conquista rápidamente. Folla rápido y con pasión; es un experto en la materia y consigue, con solo acariciarte, llevarte hasta el séptimo cielo. Pero todo

empezó a cambiar un año después de habernos conocido, cuando todo parecía

perfecto y yo creía que era el hombre de mi vida y padre de mis futuros hijos.

¡Maldita ilusa! Vino a vivir conmigo a mi apartamento y me di cuenta a los dos

días, que había vivido en una mentira.

No

trabajaba

de

repartidor.

No

trabajaba en nada; ganaba algo de dinero trapicheando con drogas. Cuando no vivía con él, no me daba cuenta del extremo en el que las drogas y el alcohol dominaban su vida y su carácter.

Empezó a ponerme en contra de mis amigas. No me dejaba salir sola de casa

y

el

maltrató

empezó

siendo

psicológico, aunque yo lo negaba; estaba ciega, no me daba cuenta de nada.

También dejé de ver a mi padre. Y dejar

de comer. Me abandoné a mí misma y de

eso tampoco me di cuenta.

Me pegó una vez a principios de

agosto. Tardé una semana en poder

levantarme de la cama. La segunda

paliza vino a finales de ese mismo mes.

Estuve dos semanas sin poder moverme.

Y ahora esta última. Porque es la última vez que me toca. La última vez que me va a ver.

Me paso el día desahogándome en

mi diario. Se lo cuento todo a Gaby; escribo para ella. Me imagino lo que me

diría. Me miraría con esos grandes ojos

azules, apartaría un mechón castaño del flequillo de su frente; apretaría la mandíbula y acariciando mi mejilla

diría:

—Pequeña, hay que seguir. Ese

tipo es un malnacido y merece un buen castigo. ¿Se lo damos? —propondría, guiñándome un ojo.

Imagino cómo podría castigarlo.

Se me ocurren mil maneras de hacerle sufrir:

«Atarlo de pies y manos y cortarle

la polla a pedazos.»

«Rajarle el cuello lo suficiente

para verlo morir desangrado lenta y dolorosamente.»

«Veneno en una copa. Un veneno

que fuera directo hasta su estómago, reconcomiéndolo

y

causándole

un

sufrimiento horrible.»

«Encerrándolo en una cabaña

perdida en las profundidades de un

bosque.

Dejándolo

allí.

Pasando

hambre. Y al cabo de tres días, llevar un ejército de ratas para que se lo coman.»

«Meterle un petardo por el culo.»

Esto último, absurdo e imposible,

me hace reír durante media hora.

Pero podría hacerlo. Podría salir

a la calle y acabar con él. Aprovechar una borrachera en la que ni siquiera pueda mantenerse en pie. Es lo que haría mi hermanastra. Es lo que haría la gran y fuerte inspectora Gaby a la que, según mi padre, no le llego a la suela de los zapatos.

CAPÍTULO 6

8 de diciembre, 2014

La hermanastra

Mientras hablo con las chicas, que

me están contando por encima y entre lamentos la historia de mi hermana con un tal David —un drogadicto diez años mayor que la maltrataba—, estoy atenta al tío del abrigo negro que habla con una chica entrada en carnes, con el cabello sucio de color caoba recogido en una coleta alta y unas gafas de pasta que ocupan parte de su redondita cara.

—No era una buena influencia. No lo era.

—¿Cómo pudo acabar con un tío así?

—Se enamoró.

—Perdidamente. Ha sido su desgracia.

—Podríamos haber hecho algo, pero pensamos que lo mejor era dejarle espacio.

—No supimos qué hacer.

—Oh, Dios... tendríamos que haberlo denunciado.

—Vale chicas, tranquilas —les dije—. Aquí tenéis mi número de teléfono. —Les entregué mi tarjeta—.

Cualquier cosa que recordéis, cualquier detalle, decídmelo. Buscaré ese diario y también a David.

Fui corriendo hacia el chico. La

chica gordita se había ido en otra dirección y él, caminaba entre las

tumbas lentamente, acariciando las
lápidas. Un detalle feo; casi aterrador.

—¡Ey! ¡Ey!

Se paró en seco y se dio media
vuelta para ver quién le llamaba.

—Inspectora

Sparcey.

Hermanastra de Alice.

—Oh —murmuró.

—¿Quién eres?

—Alex Sanders.

—Alex. ¿Eras amigo de mi
hermana?

—Nos acabábamos de conocer.

Qué pena, inspectora. Qué pena...

—¿Cuándo la conociste?

—A finales de septiembre —

respondió haciendo memoria.

—¿Conoces a David? ¿Su ex?

—No, no me habló de ningún

David.

—¿Había algo entre vosotros?

—Inspectora...

—¿Había algo entre vosotros? —

repito, mostrándome innecesariamente

cabreada.

No estaba siendo profesional. Al

cuerno. El inspector Díaz me observa desde la lejanía. Él también ha estado interrogando a la gente joven que ha acudido al funeral de Alice.

—Hubo algo, sí. ¿No sospechará que yo la tiré del puente?

—Aquí tienes mi tarjeta, Alex. Si recuerdas algo, llámame.

Lo dejé ir. Puede que hubiera

tenido una aventura con mi hermana, pero no me parece un tipo sospechoso.

La experiencia me dice que este chico podría haber sido bueno para Alice después de haber sufrido maltrato por parte de un ex del que no sabía nada.

Estoy convencida de que mi padre

tampoco lo conocía. Cuando el inspector

Díaz se acerca a mí, seco las lágrimas que han empezado a brotar de mis ojos.

Aprieto la mandíbula y trato de

controlar el temblor del mentón. Me siento como las amigas de Alice.

Tendría que haberme preocupado por

ella, interesarme más por su vida. Y

ahora es demasiado tarde. Está muerta.

Muerta y enterrada.

—¿Has descubierto algo? —

pregunta Díaz.

—Tenía un ex. La maltrataba.

—David O’Sullivan. También me han hablado de él.

—Vamos a pillar a ese cabrón.

CAPÍTULO 7

9 de diciembre, 2014

La hermanastra

El inspector Díaz y yo le pagamos cinco dólares a un niño para que nos vigile el coche en las calles del Bronx.

Nos detenemos en el número cinco de la Avenida Taylor, enfrente de una casa de una planta en la que encontramos a una mujer mayor regando las flores secas de la ventana.

—Señora O'Sullivan. Inspectora Sparcey e inspector Díaz. Queremos hacerle unas preguntas.

La señora, bajita y regordeta, muestra una expresión horrorizada en su rostro.

—David. ¿Qué ha hecho ahora?

Oh, Dios mío... este chico... ¿Qué ha hecho?

—Aún no lo sabemos —respondo.

—Yo no sé nada, lo juro. Hace tres meses que no sé nada de él. Solía venir una vez a la semana a verme; hacía la compra y limpiaba un poco la casa.

Yo apenas puedo moverme, los huesos me duelen.

—Señora, tranquilícese. Dice que hace tres meses que no sabe nada de su hijo. ¿Es algo normal? —quiero saber.

—Siempre anda metido en líos.

Drogas, alcohol... La última vez que

vino a verme fue la segunda semana de septiembre. Me preocupé. Pero luego, en octubre, recibí una carta con

cincuenta dólares en su interior. Me decía que no me preocupase por él, que

estaba bien y que me mandaría dinero siempre que pudiera. Lo hizo. Hasta la semana pasada me envió cincuenta

dólares; me llegaba cada martes.

—¿Podemos ver esa carta?

—Sí, un momento.

Díaz y yo nos miramos extrañados.

La mujer entró en casa no sin antes hacer un gran esfuerzo por abrir la puerta; parecía ser pesada y tener algún tornillo roto. Vimos a través de la ventana cómo

daba vueltas por el pequeño salón.

Desde fuera se podía intuir que en el interior de la casa olía mal; puede que a basura o a carne podrida. Dos minutos más tarde, la señora O'Sullivan sale de la casa con un papel arrugado y

amarillento en la mano. Me lo entrega.

«Mamá, estoy bien. Te iré

mandando dinero pero no puedo ir a

verte durante una temporada.»

Díaz me mira, sabe que algo no va

bien.

El papel se me cae al suelo.

Esa letra no es la de David.

Esa letra es de mi hermanastra.

CAPÍTULO 8

23 de septiembre, 2014

Alice

He conseguido una peluca negra y

he comprado un vestido característico de cualquier prostituta de lujo. Es rojo, ajustado y muy muy corto. David no ha vuelto a aparecer por casa desde ayer.

Pensaba que tiraría la puerta abajo.

Menudo

escándalo

formó.

Afortunadamente, el vecino de arriba llamó a la policía y cuando esta se presentó, David huyó despavorido como

un cobarde. Lo vi por la ventana. Corrió calle abajo y su silueta se perdió por la oscuridad.

Son las nueve de la noche. Salgo

de mi apartamento y me coloco la peluca

en una esquina por donde no pasa nadie.

Trato de aprender a caminar con los tacones y tardo más de lo que lo haría con unas zapatillas planas en llegar al bar en el que sé que está David.

Me acerco a la barra. Tres tíos se

acercan a mí y el camarero, con solo una mirada, consigue echarlos. Parece un tipo majo, me dice que se llama Alex y que quiere invitarme a una copa.

Acepto, pero no puedo permitirme el lujo de distraerme. Mientras bebo,

observo cómo David está junto a un tío alto con pintas de matón en una esquina

del bar. Introduzco la mano en mi

pequeño bolso y acaricio con la punta del dedo la navaja afilada, preparada para darle una sorpresita a mi ex.

Le doy las gracias al camarero

cuando veo que el matón se ha alejado de David y este, no puede con su alma.

Está a punto de caer. Acaba de esnifar coca por la nariz y sus ojos delirantes muestran signos de querer cerrar los párpados y dejarse ir.

Me tiemblan las piernas. Pero

pienso en mi hermana, en qué haría si estuviera en mi situación. En cómo

solucionaría todo esto y sé que ella también lo mataría. Si ella puede, ¿por qué yo no? Mi padre se sentiría

orgullosa de mí al saber que he acabado

con un despojo humano y que, gracias a

eso, he salvado a cientos de chicas de sus garras manipuladoras y enfermas.

—Hola —le saludo, mostrándole

mi generoso escote y acercándolo a su pecho.

No dice nada, pero me mira

fijamente. No parece reconocerme; la peluca negra, las lentillas marrones y el exceso de maquillaje cumplen su

función. Su sucia mano me toca el

trasero y yo dejo que introduzca un dedo por debajo del vestido. Parece ser que le pone a comprobar que no llevo

braguitas. Emite un gemido; casi me hace vomitar.

—¿Nos vamos de aquí? —le

pregunto.

Se pasa la lengua por la boca y

tres minutos más tarde, estamos follando en

un

callejón.

David

está

completamente

ido;

se

mueve

frenéticamente, parece muy excitado. No

quisiera que tuviera una manera de

morir placentera, pero llega el momento

de sacar la navaja del bolso.

Justo cuando parece que vuelve un

poco en sí y frunce el ceño al mirarme y, puede que al comprobar quién soy

realmente yo, la navaja afilada se le clava en el cuello y empieza a

desangrarse lentamente. La sangre sale a borbotones; David está tumbado en el frío asfalto del callejón con espasmos al estar

acercándose

a

una

muerte

inminente. Tiene los ojos muy abiertos; daría lo que fuera por saber qué está viendo. En qué está pensando. Limpio la

navaja y la vuelvo a poner en mi bolso.

Le limpio la polla para que no haya restos de mi fluido vaginal. Y es

entonces cuando me coge de la muñeca y

me habla de su madre.

—No la dejes sola. Avenida

Taylor, Bronx...

CAPÍTULO 9

11 de diciembre, 2014

La hermanastra

Mi hermana le estuvo enviando

pequeñas cantidades de dinero a la

señora enferma O'Sullivan, madre de su

problemático ex. Por lo tanto, David debe estar muerto. Los tíos como él nunca acaban bien, pero aun así tengo que tratar de encontrarlo para descartar su implicación en la muerte de Alice.

¿Dónde está el diario, joder?

Estoy

en

el

interior

del

apartamento de mi hermana. Observo

una foto; en ella aparece el tal David –

desaparecido, puede que muerto– y ella.

Parecían felices y él no tiene pinta de ser un puto drogadicto. Puede, como en la mayoría de estos casos, que engañara

a mi hermanastra. Que la hiciera creer que estaba viviendo un cuento de hadas junto al hombre perfecto y que, luego, en el momento de vivir con ella, le hiciera ver que estaba con el mismísimo diablo.

En el infierno. Dios... ¡qué sola tuvo que sentirse!



David y Alice. Diciembre 2013



Alex, octubre 2014

Miro con atención la foto de Alex.

Ya estaba ahí la primera vez que fuimos al apartamento de Alice, pero hasta que no lo conocí en el cementerio, no pensé que fuera algo importante. Camisa de cuadros. Roja y negra. Lo tenemos.

Joder, lo tenemos.

—Díaz. Alex Sanders, manda una patrulla al 320 de la calle Delancey.

¡Ahora!

Había investigado todo sobre

Alex desde el día en el que lo conocí en el cementerio. Dónde vive, dónde

trabaja... por lo visto en un pub cercano

al apartamento de Alice que puede que David frecuentara. Puede que fueran

cómplices, que la tiraran los dos. ¿Pero por qué?

«Malditos psicópatas.»

Me llevo la foto conmigo y aunque

compruebo que no es la misma camisa que el trozo de tela que Hoffman arrancó de la mano de mi hermanastra muerta, es

muy similar. Y tuvo el detalle de no ponerse una camisa de cuadros en el funeral.

«Muy inteligente por tu parte,

chaval», pienso.

CAPÍTULO 10

20 de octubre, 2014

Alice

Apenas puedo dormir. Sigo viendo

el rostro de David cada vez que cierro los ojos. La navaja clavada en su cuello, su cuerpo inerte sobre el asfalto del callejón. No hay noticias sobre él; ni siquiera una denuncia por desaparición.

Temo que en cualquier momento la

policía toque el timbre, me esposen y me encierren en prisión. Pero ha pasado un mes y no ha pasado nada.

«¿Matar es tan fácil?»

Dejé el cuerpo allí; tirado, muerto,

ensangrentado. Murió delante de mis

narices. ¿Alguien se lo llevó? ¿Alguien lo ocultó? ¿Alguien lo vio?

Estoy en casa. Hoy no me apetece

quedar con Alex. Nos hemos estado

viendo, no es tan apasionado como

David, tampoco parece tener tanta

experiencia. A veces, incluso, me parece torpe cuando me folla. Su barba me hace

cosquillas; es tierno y me dice cosas bonitas al oído. Pero David también me

las decía y acabó siendo un psicópata que casi termina con mi vida en cada una de las pocas palizas que dejé que me diera.

«Merecía morir. Merecía morir.»

Le he mandado dinero a su madre.

También una nota para que no se

preocupe por su ausencia. Supongo que su madre pensaría que es un buen chico;

los hijos tenemos por costumbre engañar

a nuestros padres y es por eso que yo me he alejado del mío. Temo que cuando me

mire, vea en mí algo distinto o que su olfato de ex policía sienta que he cometido un crimen atroz e inhumano.

¿En qué me he convertido?

Debería salir. Me he quedado sin tabaco y la nevera está vacía. Tengo hambre.

Cuando estoy frente a la puerta, veo que alguien ha introducido un sobre desde el hueco hasta la alfombra. Con manos temblorosas lo cojo y leo aterrorizada lo que pone:

ASESINA

Alguien lo sabe. Alguien se ha encargado de que yo sepa, un mes más tarde, que me vio asesinando a David.

Las letras están sacadas de un periódico y enganchadas sobre un trozo de cartulina de color beige. Alguien viene a por mí. Instintivamente abro la puerta, pero en el rellano no hay nadie. La viejecita que vive enfrente sale justo en ese momento y debo tener muy mala cara para que me pregunte si estoy bien.

Asiento y vuelvo al interior de mi apartamento del que no quiero volver a salir en mi vida.

CAPÍTULO 11

11 de diciembre, 2014

La hermanastra

—¡Les estoy diciendo que yo no

sé nada! —grita Alex, sentado en la sala de interrogatorios ante la atenta mirada de varios policías entre los que me encuentro yo, tras el cristal.

El inspector Díaz está siendo muy

paciente, Dios sabe que yo estamparía al tipo barbudo contra la pared si lo tuviera delante.

—¿Qué hiciste la noche del cinco

de diciembre entre las siete y las once de la noche?

—Ya lo he dicho mil veces, joder.

Estaba trabajando en el bar. Hagan

llamadas, averígüenlo. Yo no pude tirar a Alice del puente, yo la quería.

No sé por qué pero le creo. Le

creo

y

volvemos

a

no

tener

absolutamente nada. Les digo a mis

compañeros que busquen una vez más a David O’Sullivan, desaparecido de la faz de la tierra. Todos, al igual que yo, temen que esté muerto.

Una hora más tarde soltamos a

Alex. Efectivamente, el día cinco de diciembre desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada, estuvo trabajando en el bar. Su jefe nos lo ha confirmado y no es el tipo de hombre que engañaría a la policía u obstruiría a la justicia por defender a un empleado.

—Alex —le digo, cuando todo ha

terminado—. Vi una fotografía tuya en el apartamento de Alice. Llevabas puesta una camisa de cuadros

roja y negra. —

Asiente, sabe qué camisa es. La lleva puesta. Está entera, no está rota—. Ella llevaba un trozo de camisa muy similar a la tuya en el momento de caer del puente de Manhattan.

—¿Y por eso habéis creído que

era yo? Es de locos —rebufa indignado.

—Lo siento. Sabes de alguien

que...

Pensativo y arrogante, niega. O no

lo sabe o no quiere hablar.

CAPÍTULO 12

15 de noviembre, 2014

Alice

Alex fuma un cigarrillo a mi lado.

Estamos desnudos, tumbados en la cama

después de haber echado un polvo. Pero

yo estoy en otra parte. No he dejado de

recibir notas llamándome lindezas

como:

«ZORRA – ASESINA - FUISTE

TÚ, YO LO VI - ¿QUÉ PASÓ EN EL

CALLEJÓN, PUTA? - VOY A POR TI,

VAS A MORIR.»

Las he quemado todas. Nadie va a

ir a por mí y si lo pillo antes, tengo la suficiente valentía como para cometer un asesinato más. ¿Por qué no? ¿Dónde está

la buena chica? ¿Dónde está Alice? Me miro en el espejo y casi no me

reconozco. Estoy perdida.

—¿En qué piensas? —pregunta

Alex, acercándose a mí y besándome en

la boca.

—En nada.

—Ummm...

Se acerca más a mí. Me lame la

oreja izquierda, pero yo lo aparto. No quiero volver a follar. Me siento sucia.

Voy hasta el cuarto de baño, me doy una

ducha y al salir Alex no está.

«¿Y si es él? ¿Y si me vio? ¿Me

está tendiendo una trampa?»

Empiezo a sospechar de todo el

mundo. Empiezo a obsesionarme.

Puede ser cualquiera, puede ser el

tío que me folla y que parece estar tan colado por mí.

Miro por la ventana. Ahí está la

sombra, observando mi ventana. Lo

único que puedo distinguir desde la distancia, la discreción de mi ventana y la oscuridad de mi apartamento es una camisa roja de cuadros. No sé si es un hombre o una mujer. Nunca consigo ver su cara.

CAPÍTULO 13

20 de diciembre, 2014

La hermanastra

El cuerpo de David O'Sullivan ha aparecido en un callejón cercano a la comisaría. Como si nos lo hubieran servido en bandeja de plata.

Lleva tres meses muerto y su

cuerpo, en un avanzado estado de

descomposición,

dificulta

la

investigación del caso. Alguien terminó con su vida clavándole un puñal en el cuello.

—No murió allí, sino en otro lugar

hace tres meses —informa Díaz—.

Alguien escondió el cuerpo; lo sacó de dónde fuera y lo ha dejado ahí para que

lo encontremos.

—Debe haber sido la misma

persona que mató a Alice.

Temo que a David lo matara mi

hermana y que luego ella, sintiéndose mal, mandara algo de dinero a la señora

O'Sullivan que se ha vuelto loca al enterarse que el cadáver de su hijo ha aparecido y que llevaba tres meses

muerto; el mismo tiempo que llevaba ella sin verlo. Una intuición me dice que fue mi hermanastra. Pero es solo una intuición y, aunque tuviera pruebas, no las utilizaría en su contra. ¿Para qué?

Alguien se encargó, en el caso de que Alice matara a David, de que lo pagara



muy caro. No quiero ensuciar la memoria de mi hermanastra. No quiero hacerle más daño a mi padre, sumido en una profunda depresión, sin apenas salir de casa.

Descartamos,

obviamente,

a

David O'Sullivan. Descartamos a Alex Sanders. No tenemos nada y mi

desesperación crece por momentos.



La promesa que le hice a Matt de

pasar el día entero de su cumpleaños con él, se esfuma tan rápidamente como

mis esperanzas de encontrar a quién mató a mi hermanastra. Nadie quiere ni siquiera insinuarlo, pero empiezan a creer que Alice se suicidó y que el trozo de tela de ropa no era más que algo que

llevaba con ella; que no se lo arrancó a ningún asesino. Quisiera creer que fue así. Que fue un suicidio. No entendería jamás el por qué se rindió, pero me costaría menos aceptar su muerte y

seguiría con mi vida en vez de

empeñarme a pillar a un asesino que, por lo visto, ha dejado de existir.

CAPÍTULO 14

4 de diciembre, 2014

Matar a un ángel

Mañana, Alice Sparcey va a

morir. Mañana, al fin, se va a hacer justicia.

Estoy harta de enviarle mensajes y

que no se dé por aludida, que no parezca importarle lo más mínimo. Que siga

siendo feliz, saliendo con ese chico guapo barbudo que trabaja en el bar, que siga respirando, paseando y trabajando en la biblioteca en la que la acaban de contratar con un horario fantástico de lunes a viernes de diez de la mañana a tres del mediodía.

Cuántas veces he deseado ser

como ella. Cuántas veces la he mirado y

me ha ignorado.

Una noche fui hasta el bar que

solía frecuentar mi hermano para hacer sus trapicheos. Lo sé. Sé que no era un tipo legal, que siempre andaba con mil historias y mil problemas y que si Alice no hubiera terminado matándolo en un callejón segundos después de follárselo, hubieran sido cuatro matones los que hubieran terminado con su vida. Pero fue ella y a ella yo la puedo matar. Por mi hermano. Por la pobre de mi madre, cuya salud ha empeorado desde que

David no va a verla. Por mí. Porque lo quería. Porque era sangre de mi sangre.

Y porque no puedo esconder su cuerpo durante más tiempo; solo quiero vomitar.

Solo quiero morirme y reunirme con él.

Saludé al tío barbudo, el nuevo

novio de esa zorra. Me emborraché,

solo un poquito... y le conté la historia.

Él me dijo que me ayudaría a acabar con

Alice. Que la quería, pero sabía que ella no estaba por la labor de empezar una vida con él y que tarde o temprano lo dejaría como han hecho todas las

mujeres. Lo miré sorprendida, parece el

tipo de chico con el que te quedarías toda

la

vida.

Guapo,

bueno,

trabajador... sin embargo, está cansado de que lo usen como si fuera un kleenex

y no puso impedimento cuando le dije que Alice debía pagar por lo que le hizo a mi hermano. No me trató como

estuviera loca, sino todo lo contrario.

—Yo haría lo mismo —me animó.

Me pareció extraño y surrealista y

aun así, me dio fuerzas. Esa noche sería la última en la que observaría escondida en la oscuridad de la ciudad, la ventana del apartamento de Alice. El lugar en el que también vivió David un tiempo.

CAPÍTULO 15

5 de diciembre, 2014

Alice

Salgo de la biblioteca. Parece un

día normal, otro más. Y sin embargo siento algo raro. Hace días que no quedo con Alex, no porque yo no quiero, sino porque él siempre pone la misma excusa

de siempre: «Estoy muy liado.»

Esta noche iré a verle, me ha

dicho que me estará esperando.

Llego a casa, con resignación

recojo del suelo otra de las notitas que mi admirador secreto me ha dejado.

Pero esta es diferente. Está escrita de puño y letra, no con letras mal cortadas de un periódico:

HOY VAS A MORIR

A cualquier le daría por llorar. A mí me da por reír.

«¿Cuántos meses llevamos con el

mismo puto juegucito? —me pregunto

—. Y nunca has hecho nada. Gilipollas.»

Cojo el mechero, quemó la nota y

la tiro al WC. Dejo que el agua caliente de la ducha me relaje, me enfundo en mis vaqueros rotos preferidos, el jersey amarillo que tanto le gusta a Alex y las zapatillas Converse. A la mierda los tacones. Me paso la tarde viendo

reposiciones de la serie Friends y a las ocho me voy al bar.

Le planto un beso en la boca a

Alex. Parece distraído y cansado.

—¿Te pasa algo? —le pregunto.

—Nada, ¿por?

Le sirve una copa a una chica

regordita que se sienta a mi lado y me sonrío.

—Allison —se presenta—. Soy
amiga de Alex, me ha hablado mucho de
ti.

Alex suspira y se aleja a atender a
otros clientes.

—Me suena tu cara —le digo,
solo por quedar bien.

—¿Sí? Bueno, es muy común —
ríe.

Dejo la copa a medio beber y me
voy con Allison a dar una vuelta. Me cae bien, parecemos tener mucho en
común. Alex se unirá más tarde a
nosotras, hoy es viernes, así que iremos al cine a ver alguna peli. Caminamos y el ruido del tráfico
apenas me deja escuchar a Allison, que me cuenta su última movida con un tío al que conocía
de un par de noches y que le estaba haciendo la vida imposible.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —
pregunta, obligándome a detenerme justo
cuando caminamos por la acera del
puente
de
Manhattan.

A
nuestro
alrededor solo hay ruido, luces y
coches. Infinidad de coches—. Si te pegara, ¿qué harías?

Tragué saliva. Algo va mal, pensé.

Los ojos de Allison se mostraron fríos; diferentes a como los había conocido en la barra del bar.

—¿Matarlos?

Me coge del cuello, forcejeamos

durante un rato. Nadie parece vernos; alzo las manos, pido auxilio, me estoy quedando sin respiración. Trato de

cogerla del cuello, defenderme, salir corriendo de ahí. La cojo de la camisa de cuadros roja y negra y la mala calidad de la tela termina rasgándose. Si me caigo; si me muero, habré dejado una

pista en el caso de mantenerla en mi mano. Cojo con fuerza la tela de la camisa que le acabo de romper; ella no parece haberse dado cuenta.

—Hoy vas a morir. Puta.

—¿Quién eres? —quiero saber al menos.

—Allison, ya te lo he dicho.

Allison O'Sullivan.

La hermana de David. Apenas

hablaba de ella; era una estúpida chica gordita que iba detrás de él cuando eran pequeños, ridiculizándolo delante de sus amigos. David la odiaba.

—David nunca me habló de ti.

Parece hacerle daño. Le he dado

donde más le duele y aunque me

satisface, muestra de repente una fuerza sobrehumana que me lanza al vacío.

Dejo de sentir. Dejo ver. Dejo de

escuchar el ruido que hay a mi

alrededor. En cuestión de segundos mi corazón deja de latir.

Ya no queda nada.

Solo Oscuridad. Calma. Paz.

Bendita paz.

CAPÍTULO 16

5 de diciembre, 2014

Allison

—Se ha hecho justicia, hermanito

—le digo al cadáver de David, mientras

destrozo el diario personal de Alice que he ido a buscar a su apartamento—. Ya está muerta. ¿La has visto? ¿Está

contigo? Haz que se pudra en el infierno.

El diario habla de mi hermano. De

las palizas que le dio, aunque solo fueran tres. Joder, le podría haber perdonado. No hacía falta matarlo.

También hablaba de Alex y de su

hermana, una tal Gaby con la que estaba

obsesionada. Ella quería ser como su hermana. Yo quería ser como ella. Y

aquí todo el mundo se limita a ser lo que es; lo que puede ser. No hay otra.

Rompo una a una las páginas recordando

la mirada repleta de confusión y miedo de Alice. No puedo dejar de pensar en ella. Ha sido el mejor momento de mi vida; verla caer con los brazos en forma de alas como si fuera un bendito ángel.

—Pero tú y yo sabemos que de

ángel no tenía nada, ¿verdad, hermanito?

¿Qué voy a hacer contigo? Cada vez tienes peor aspecto...

Dejo por un momento el diario y

coloco la mano de mi hermano muerto en el respaldo de la silla. La cabeza se le cae hacia delante; cada vez huele peor.

Me doy cuenta que la zorra me ha

roto la camisa. Sonrío. Bonito recuerdo, a partir de ahora es mi camisa preferida.

CAPÍTULO 17

23 de diciembre, 2014

La hermanastra

Dentro de dos días es navidad.

Este año no celebraremos nada en casa;

imagino que la señora O'Sullivan,

completamente vestida de negro en el funeral de su hijo, tampoco preparará pavo en nochebuena.

En la iglesia hay mucha gente,

familiares de los O'Sullivan que tratan de consolar a la pobre mujer tal y como

mis tíos y Jerry trataron de hacer con mi padre en el funeral de mi hermanastra hace tan solo unos días.

Díaz está a mi lado. Nos

mantenemos en una discreta distancia; no queremos interrumpir ni tampoco ser

descubiertos. Miro a mi alrededor,

puede que el asesino de mi hermana esté

entre los asistentes al funeral de David.

He llegado a una conclusión a pesar de seguir sin encontrar el maldito diario que pueda darme alguna pista de lo que

fue la vida de mi hermanastra durante el tiempo en el que se alejó de mi padre y

sus amigas.

1. David la maltrataba.

2. Ella lo mató.

3. Alguien, amigo o familiar de

David, lo vio o se enteró de

alguna forma.

4. Mató a mi hermana. Venganza.

Díaz estaba de acuerdo con mi

suposición, solía fallar muy pocas

veces, algo que me había ayudado a subir peldaños con rapidez en el cuerpo

policial y a ser, en cierto modo, la

“niña” mimada de los superiores. No a cualquiera le hubieran dejado investigar el crimen de un propio familiar. Pero a mí sí.

Después de la misa en la memoria

de David O’Sullivan, cogimos el coche y seguimos al de los familiares hasta el cementerio. Fue allí, donde detrás de un árbol, Díaz y yo nos percatamos de que

la chica gordita con el cabello sucio color caoba y esta vez sin unas grandes gafas de pasta negra ocultando su

redonda cara, que estaba en el funeral de Alice, también estaba ahí. Iba del brazo de la señora O’Sullivan, parecían muy unidas. Unidas en el dolor.

—¿Has visto la camisa? —me

pregunta Díaz.

—Es lo primero que he visto.

Camisa roja y negra de cuadros.

La parte izquierda inferior está rota; cualquier hubiera tirado esa camisa a la basura al no ser que fuera su preferida debido a una macabra historia personal.

La chica llora. La mujer también.

Se abrazan.

Espero. Espero pacientemente.

Media

hora

más

tarde,

el

cementerio se ha vaciado. Solo queda la

señora O’Sullivan y la chica de la camisa de cuadros.

—Coge las esposas.

Corremos

hacia

la

chica.

Procedemos a la detención.

—Su

nombre

—le

digo,

obligándola a mirarme fijamente a los ojos. Se ríe.

—Allison O’Sullivan.

Miro su camisa. Le muestro el

trozo de tela que desde la muerte de mi

hermanastra

he

llevado

siempre

conmigo. Vuelve a reírse. Díaz saca las esposas, lee sus derechos y nos la llevamos ante los gritos y desconsuelo de su pobre y enferma madre.

—Allison

O’Sullivan,

queda

detenida por el asesinato de Alice



Sparcey.

La locura en sus ojos. La

afirmación de que fue ella y de que, como cualquier asesina psicópata, se siente orgullosa del crimen cometido.



CAPÍTULO 18

25 de diciembre, 2014

Es el cumpleaños de Matt.

Es el día de navidad.

El deseo de mi pequeño, precioso

e inocente hijo se ha hecho realidad; mamá va a estar con él un día entero.

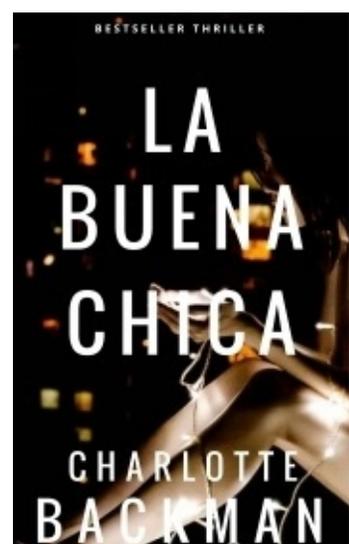
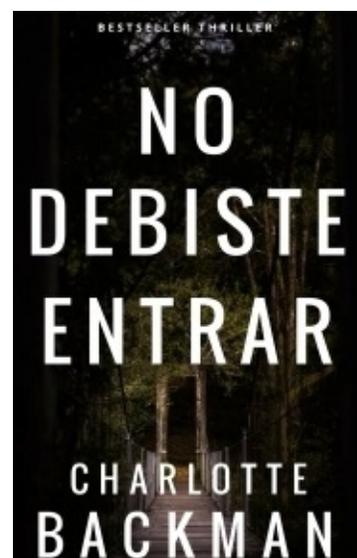
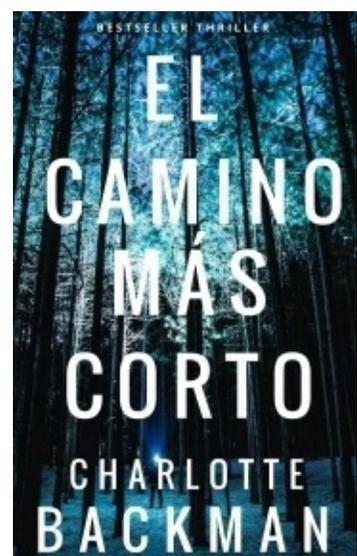
Mamá ha pillado a la asesina de

Alice Sparcey. Me tiembla la voz al pronunciar su nombre.

Mamá puede descansar un día.

OTROS TÍTULOS DE LA

AUTORA



BESTSELLER THRILLER

LAS UNICAS

CHARLOTTE
BACKMAN

BESTSELLER THRILLER

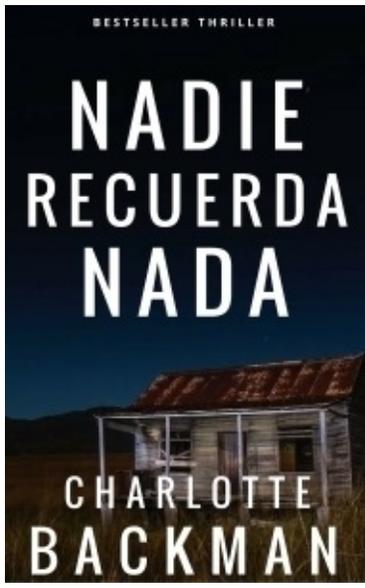
NOCHE DE FIN DE AÑO

CHARLOTTE
BACKMAN

BESTSELLER THRILLER

GAME OVER

CHARLOTTE
BACKMAN



BESTSELLER THRILLER

SIEMPRE EN OTOÑO

CHARLOTTE
BACKMAN

BESTSELLER THRILLER

DONDE HABITAN LAS SOMBRAS

CHARLOTTE
BACKMAN